

la Provincia de Sinaloa, y aun fuera de ella fueron las lamentaciones y clamores de los pobres, tales, que sólo los que las oían las pudieron creer; á que se añadía que con el amor que le tenían apenas hubo Padre en toda la misión de San Ignacio que no le dijese un novenario de Misas, por lo mucho que todos le amaban; y el Padre que le sucedió le hizo solemnemente las honras con todos sus pueblos, que son tres, en los cuales había criado el P. Zambrano excelentes músicos de canto de órgano. Y fué tal el sentimiento de todos los Padres de la misión que no pudieron hallarse presentes, que luego que murió escribieron al Superior el sentimiento con que estaban por la muerte de tal Ministro y operario evangélico, y por la falta grande que había de hacer á todos; y uno de ellos, en breves razones, confirmaba todo lo que hemos dicho en una carta, diciendo: «Nuestro Señor nos ha llevado á nuestro muy religioso compañero el P. Zambrano, cuya muerte puede llorar nuestra Provincia; insigne misionero, incansable operario, grande falta para estas almas y á nosotros de un compañero, tan verdadero Hermano y amigo de paz y de caridad, tan religioso en su modo de proceder y puntual en la observancia de nuestro Instituto y Reglas; en unos pocos días que con él estuve, me aconsejó leyese su libro espiritual, que era el P. Salazar de *Novissimis*, para mi aprovechamiento, en que se echaba de ver que el buen Padre, años antes, se disponía para la hora de la muerte. Nuestro Señor llevó á vuestra reverencia tan á tiempo, para que le ayudase, y la gloriosa Santa Bárbara, su devota, para que le favoreciese en su tránsito y que éste fuese el día del gloriosísimo Arcángel San Miguel, con grande dicha suya. Yo refresco muy á menudo los ejemplos de caridad y demás virtudes que el religioso Padre nos ha dejado, que es el consuelo del alma, y lo que modera nuestro sentimiento: *dilectus Deo, et hominibus, cuius memoria est in benedictionibus.*» Pasó de esta vida á la eterna este santo varón el año de 1652, siendo de edad de 56 años; de los cuales los 40 vivió en la Compañía, y de estos los 30 en el glorioso ministerio de las misiones. Enterróse su cuerpo en la Iglesia de un pueblo del Río de Mayo llamado Santa Cruz, distante cincuenta leguas de nuestro Colegio de Sinaloa; ésta es una buena memoria de las virtudes y ejemplos de santidad que nos dejó para imitar.

Hasta aquí hemos hablado de lo que se ha ofrecido de nuevo y digno de escribir en nuestras misiones de la Provincia de Sinaloa, hasta el presente año de 1653. Y porque también no dejemos de hacer memoria de lo que es digno de ella, y ha pasado en las otras misiones, que entre gentes nuevamente convertidas tiene nuestra mexicana Provincia, escribiremos aquí lo que ha sucedido estos últimos años, desde el 1648 hasta el de 1653, en la misión de la nación Tarahumara vecina á la Tepehuana en el Reino de Nueva Vizcaya. Lo cual se entenderá con las relaciones que aquí haremos de las vidas y dichas muertes de Padres misioneros de nuestra Compañía, que remataron el curso de sus vidas y santos trabajos en esta misión. Unos derramando su sangre por causa de la fe y por la predicación del santo Evangelio; y otro, que aunque no la derramó violentamente, pero padeció grandes y prolongados trabajos en la conversión de esta gente, y en esta gloriosa empresa también consumó el curso de su santa vida.

CAPITULO IX.

VIDA Y EJEMPLARÍSIMAS VIRTUDES
DEL VENERABLE PADRE GABRIEL DÍAZ, QUE REMATÓ EL CURSO
DE SUS PROLONGADOS AÑOS, DOCTRINANDO LA NACIÓN NUEVA
EN LA FE DE LOS TARAHUMARES.

§ I.

Pasa á la Nueva España, y los primeros empleos que tuvo en ella.

Aunque en particular no tenemos noticia de los primeros ejercicios de virtud de este santo varón en sus juveniles años, pero por el ejemplo grande que en todo el tiempo que estuvo en nuestra Provincia de Nueva España dió de ellos, se colige claramente que le previno Dios Nuestro Señor, muy temprano, para que todo se diera á su divino servicio. Pasó el P. Gabriel Díaz á estas partes el año de 1599, en compañía de otros sujetos que traía el Padre Maestro Pedro Díaz, que había ido por Procurador á Roma, y cuando vino de España tenía 25 de edad y 8 de Compañía en la Provincia de Portugal, porque era natural de Tavora. No se sabe con qué ocasión había venido al Colegio de Madrid, al tiempo que allí llegó el P. Pedro Díaz, y lo que podemos entender es que, como Dios lo tenía señalado y escogido para los empleos de grande gloria suya y bien de las almas, en que en la Nueva España había de ayudar con su doctrina, dispuso Su Majestad que se hallase presente en Madrid cuando el Padre Procurador hacía gente para esta nuestra Provincia. Vino á ella siendo estudiante, y en México acabó sus estudios de Artes y Teología, con tanto aprovechamiento, que fué profeso de cuatro votos en la Compañía. Ordenado de Sacerdote fué enviado por la santa obediencia á nuestro Colegio de Pátzcuaro en la Provincia de Michoacán, donde varones muy señalados y santos de nuestra Compañía se emplearon en la ayuda espiritual de los indios Tarascos, en quienes (como queda dicho en el Libro tercero de esta Historia), siempre se han cogido abundantísimos frutos. El P. Gabriel Díaz, viviendo en él con un ferviente deseo y celo santo del bien de las almas, luego se aplicó á aprender la lengua tarasca, y en ella predicaba y confesaba á los indios con grande ejemplo de religión, sin excusarse jamás de trabajo que en el cumplimiento de este ministerio se le ofreciese. A que añadía el ejercitar los mismos ministerios con los españoles, hallando todos unas entrañas de caridad, para ayudarlos en el bien espiritual de sus almas. En este y en otros colegios de la Provincia, ocupó la santa obediencia por algunos años á este muy religioso y fervoroso operario, el cual donde quiera que estaba, el tiempo que le sobraba de ayudar á los prójimos retirado en su aposento (á que era muy aplicado) lo empleaba á sus solas en silencio, ejercicios de devoción y lección de libros santos.

Por este medio parece iba previniendo Dios Nuestro Señor al Pa-

dre Gabriel Díaz para la última dificultad y gloriosa empresa, donde había de rematar los últimos años de su prolongada vida. Porque habiendo ido del Colegio de Pátzcuaro al de Guadiana, que es de los más remotos de la Provincia, y cercano á las misiones que entre naciones bárbaras ejercita y administra la Compañía, se ofreció ocasión en que fué menester enviar á un Padre misionero que se encargara de la doctrina de unos pueblos de indios muy nuevos en la fe, y que se iban reduciendo de la gentilidad á nuestra santa Iglesia, de una nación llamada Tarahumar, la cual aunque había años que se deseaba reducir (como atrás queda dicho) por varios accidentes no había tenido efecto. Estando, pues, en este tiempo en el Colegio de Guadiana el P. Gabriel Díaz, dispusieron los Superiores que él entrase á doctrinar estos pueblos, 50 leguas más la tierra adentro, y se encargase de esta empresa llena de trabajos y peligros. Conocióse que ésta más había sido disposición divina que humana, porque en este tiempo era ya el Padre de edad madura y de canas, y había trabajado buen número de años en algunos colegios de la Provincia, así con españoles como con indios, habiendo aprendido para este efecto la lengua tarasca, y cuando parece que era tiempo de descansar de los trabajos pasados en alguna casa ó Colegio de la Provincia, lo escogió la santa obediencia para nuevos trabajos de una edad fuerte y robusta, á aprender la lengua bárbara, como lo hizo, á reducir y amansar fieras indómitas, ajenas de toda humanidad y policía. No acobardaron á este siervo de Dios todas estas dificultades, con otras que pudiéramos añadir, para que luego que supo la disposición de los Superiores dejase de aceptarlas, y abrazarlas con una resignación valiente y un ánimo preparado á padecer por Cristo, y por el ayuda de la salvación de las almas que redimió con su preciosa Sangre, todos los trabajos que en esta nueva y no pensada empresa se le ofreciesen. Partió luego á su misión, llamada de San Miguel de las Bocas, distante de Guadiana, como 50 leguas la tierra más adentro. Hallóla como tan nueva en su redacción y asiento, tan pobre de albergue donde poder descansar y de Iglesia donde celebrar los Oficios divinos, que ésta era un jacal ó portal cubierto de paja; y la casa, más para sepultura de muertos que para habitación de vivos; y para su sustento, la Divina Providencia, Madre de pobres y consuelo de obedientes, que confiados se arrojan en sus brazos, porque el sustento más regalado de esta tierra y de los indios que la habitan, es el maíz ó trigo de las Indias y sierras, ó raíces del campo.

§ II.

Del celo y espíritu apostólico con que administró el P. Gabriel Díaz la doctrina que se le había encomendado.

No inquietó ni aun melancolizó el ánimo generoso del siervo de Dios, ninguno de los trabajos y dificultades que en esta empresa se le ofrecían, antes con un valor y ánimo apostólico, abrazándose con la Cruz de Cristo, trató de llevar adelante su misión y doctrina de sus indios bárbaros é incultos. Para esto (como lo tuve por relación que de la vida de este santo varón me envió un Padre que estaba en estas mi-

siones), lo primero que asentó fué vestirse de aquellas entrañas de piedad y misericordia que aconsejó el Apóstol San Pablo á los santos y escogidos de Dios, diciendo: *Induite vos ergo sicut electi Dei, Sancti, et dilecti, viscera misericordiae, benignitatem, humilitatem, modestiam, patientiam.* Y bien hubo menester este escogido Ministro de Dios vestirse y armarse con todas esas virtudes que encarga el Apóstol, para introducir costumbres y vida cristiana en unas fieras del campo, en quienes á veces apenas quedan rastros de humanidad; pero esos son los triunfos de la ley de Cristo y su Evangelio. Trataba á sus tarahumares con entrañas de Padre que deseaba la vida y salud de hijos que andaban más perdidos que el Hijo Pródigo; no perdonaba á obra de caridad con que pudiera ganarlos, porque demás de ser continuo en enseñarles las verdades de nuestra santa Fe y Doctrina Cristiana, les acudía en todo cuanto podía en sus necesidades, repartiendo con ellos de su pobre comida, dándoles á otros el vestido, curando y regalando sus enfermos en el cuerpo, para ganarles las almas.

A esta caridad y benignidad de Padre, supo juntar este evangélico Ministro la virtud muy importante en los tales de la prudencia y autoridad de Padre cuando era menester usar de rigor y castigo como hijos desbaratados. Decíase del Padre que si algún indio andaba desconcertado, el castigo era llamar al culpado y decirle con severidad: «ven acá, perdido, ¿cómo has hecho esto? No me veas, que ni tú mereces que yo te quiera;» y habiéndole dicho semejantes razones, le volvía el rostro y se lo dejaba así, retirándose á su aposento. Y sucedía quedar el indio tan confuso y castigado con esto, que se iba tras el venerable Padre llorando, y arrodillado á sus pies le pedía perdón y prometía la enmienda; y si perseveraba en su dolor el penitente, lo consolaba y acariciaba, poniéndole la mano en la cabeza. Y ayudando Dios á su fiel siervo, se le lograban estas sus benignidades, de suerte que se veía una admirable mudanza en sus indios. Porque aunque es verdad (como la saben los que han tratado con esta gente), que no siempre aprovechan con ellos estos medios de blandura, y por la misma razón aconsejó el Apóstol á su Discípulo Tito, hablando de los cretenses: *inrepa illos dure*; que por su mal natural los tratase con aspereza y dureza; pero el buen Padre, esta aspereza y penitencia que merecían sus malos hijos, la libraba en las penitencias y oraciones que él mismo hacía por ellos, con que los sujetó y amansó; de manera que andaban muy concertados en acudir á la Doctrina, á la Iglesia y al trabajo y labor de sus tierras para sustentarse, y muy atentos para poner por obra lo que les mandaba su Padre. Decía otro Padre que después entró á doctrinar esta gente que «había sujetado y rendido el venerable P. Gabriel Díaz estos corazones tan fieros y bárbaros, en premio del ilustre ejemplo de obediencia que él dió, sujetándose con tanto rendimiento en su anciana edad á la disposición de los Superiores, para trabajar en una empresa tan llena de dificultades.» Y ven-gamos ya en particular á tratar de las demás virtudes que resplandecieron en este Ministro evangélico, y que es razón queden escritas para consuelo de la Provincia, que lo tuvo por hijo, y para nuestro ejemplo.

La virtud de la mortificación es la marca de los que de veras siguen á Cristo, como el mismo Señor lo predicó cuando dijo: *Qui vult venire post me, abneget semetipsum et tollat crucem suam.* Abrazóse de suerte este siervo de Dios con la cruz y mortificación de su cuerpo,

que su abstinencia era grande, y con ser de sesenta y más años y vivir en una tierra tan falta del sustento ordinario que se da en el más pobre refectorio de cualquier Convento, sin desayunarse jamás se pasaba con unas pasas ú otra fruta seca, si la tenía, y eso en cantidad corta y con gran templanza, añadiendo á eso una escudilla de atole de maíz, comida en las Indias de pobres; la bebida, que en ellas es tan usada del chocolate, jamás lo usó, ni aun en sus postreros y ancianos años; y el que era tan riguroso para sí, no lo era para con sus prójimos en esta materia; y en particular con los enfermos y con los indiecitos que se criaban, enseñándoles á escribir y leer y canto para servir en la Iglesia. Y porque el pueblo donde estaba era paso para los que entraban la tierra adentro, y le era forzoso en tierra tan remota el hospedar estos pasajeros, era notable la caridad que con ellos usaba, repartiendo con ellos cuanto tenía; y tanto, que habiéndose privado á sí mismo de la bebida del chocolate, para estos lo tenía guardado y de respeto, con que duplicaba su mortificación, teniendo á su mano y su vista lo que le podía ser de alivio y sustento, y que es como el vino de esta tierra, y no llegándolo á sus labios. Una ocasión se ofreció, en que con harta edificación se echó de ver la mortificación grande del P. Gabriel Díaz. Habían dispuesto el Capitán del presidio y Justicia mayor de aquel partido, que el siervo de Dios tuviese siempre consigo un soldado de escolta que lo acompañase y amparase en ocasiones que se ofrecen entre gente nuevamente convertida, y entre la cual suele haber algunos gentiles. Tenía gran cuidado el caritativo Padre con el regalo y sustento de su escoltero, porque no fuese molesto ni cargoso á los indios, y el mismo Padre cuidaba y ordenaba lo que se le había de dar para su sustento; compungido de ver este cuidado en el que no lo tenía para consigo mismo, viéndolo de tanta edad, flaco y macilento, trató de que aparte le guisasen alguna cosa de regalo para su sustento; súpolo el siervo de Dios, llegó la hora de la mesa y trájose la vianda y regalo preparado; aquí, sonriéndose el Padre, y con buen agrado, dijo: «bien está, el que mandó hacer los regalos, los comerá;» y dispuso las cosas de manera que el soldado comió lo que había preparado para el Padre, y el siervo de Dios se pasó con su ordinaria porcioncilla y ración; de manera que se podía decir que todo el año ayunaba.

En lo que toca á la templanza del sueño y reposo, fué rara la penitencia que hacía en aquella soledad de misión. Otro español de los que viven en sus haciendas por aquellos parajes, por devoción que tenía al Padre, por su santidad y ejemplo de religión, por causa de los continuos achaques que padecía, le quiso por algunos días acompañar: éste contaba que en el aposento del P. Gabriel Díaz veía toda la noche luz; quiso saber lo que era, y advirtió que cuando el santo viejo se despedía para irse á acostar y descansar, ponía sobre una mesita su candela y Breviario, y arrodillándose sobre dos planchuelas de plomo, y arrimado á la mesa, pasaba toda la noche rezando salmos é himnos, y descansando á ratos sobre su libro, volvía á su ejercicio santo de la oración; el sacrosanto Sacrificio de la Misa lo celebraba todos los días con suma devoción; el Oficio divino lo rezaba siempre de rodillas; en su Iglesia hacía largos ratos de oración; todo lo cual causaba tanta reverencia y aun admiración en aquellos indios bárbaros, que algunos lo miraban como á hombre divino ó celestial.

Al paso que este siervo de Dios se adelantaba en los ejercicios de oración y mortificación, ésta causaba admiración á todos los que veían que le daba Dios, por medio de los fieles, lo que había menester para el servicio y adorno de su Iglesia, y para edificar casa de competente habitación y traer vestidos los que servían en la Iglesia; y por otra parte, ver en su aposento, en sus alhajas y avío para los caminos frecuentes que en estas misiones se ofrecen, una tan grande pobreza, que causaba admiración; en su sotana, en su ropa, en zapatos y sombrero, decían que parecía San Francisco Javier.

§ III.

De otras virtudes que resplandecieron en el P. Gabriel Díaz, y casos singulares que le sucedieron en ellas.

La virtud de la pureza angélica que reinaba en el P. Gabriel Díaz, demás de que resplandecía y se echaba de ver en la compostura de todo el hombre exterior, en la modestia de todas sus acciones y sentidos, pero en lo que dió esa purísima virtud más claras y raras muestras de sí, fué en una ocasión con que el demonio, envidioso de aquellos que por medio de la castidad pretenden ocupar las sillas de los ángeles que cayeron, quiso enredar y rendir á este castísimo siervo de Dios; el caso fué célebre y sabido, y pasó así: encendió llamas de fuego lividinoso la sierpe infernal en el corazón é imaginación de una india del partido y pueblo del P. Gabriel Díaz, la cual ardía en vivas llamas de malos deseos, de hacer presa y manchar su entereza angelical. Andaba como fuera de sí, no comía ni bebía, ni daba sueño á sus ojos, ciegos con la pasión. Y al fin, para salir con su intento, buscó ocasión para entrarse dentro de la casa del Padre y esconderse en el lugar más secreto, donde pudiese verse á solas con él; sucedió así, y viéndose á solas con el siervo de Dios, que iba muy descuidado de la ocasión que le había armado la diabólica india, con acciones y palabras que suele supeditar el demonio, le declaró los deseos que ardían en su corazón.

Aquí el siervo de Dios quedó atónito y helado con tan repentino suceso, y confuso del medio de que se había de valer para remediar aquella miserable alma, que era bien dificultoso en tal ocasión. Porque si con ruido echara aquella india de allí, lo había de causar muy grande en el pueblo, como bien saben los que conocen el genio de esta gente, y aun le levantarán que él y no la india había sido el agresor de aquel delito. Viéndose, pues, el siervo de Dios en este conflicto, invocando el auxilio divino le comenzó á decir: «Hija, no es esto lo que yo os he predicado en la Iglesia; ¿no ves que esto es pecado, y eso sólo basta para no cometerlo, por cuantas cosas hay en el mundo? ¿No ves esta sotana y ropa de Religioso, que no dice bien con lo que tú dices? Acuérdate que he predicado muchas veces que Dios no quiere esto, y al fin ten respeto á mis canas y anciana edad.» Todo esto declaraba con harto sentimiento el siervo de Dios á la india en lengua suya propia, que había aprendido con eminencia. Pero todo era palabras al aire para la que estaba embriagada con el vino de la lujuria; entonces el siervo de Dios y amante de la pureza, viendo la pertinacia

cia de aquella perdida alma, con grande valor y severidad le dijo: «Sábetete que antes escogeré la muerte que cometer este pecado.» Replicó la india con temeraria osadía y desvergüenza: «¿Cómo quieres que crea yo eso? No lo creeré hasta verlo.» Aquí, esforzándose el Ministro santo, y como se debe creer, con impulso del Cielo, le dijo: «Aguarda, verás la prueba de lo que te he dicho.» Y diciendo y haciendo, sacó el cuchillo de un estuche que tenía; y ya que no le era lícito quitarse la vida, pero con sus mismas manos se dió tal herida en una pantorrilla, atravesando el cuchillo de parte á parte, de suerte que comenzó á correr gran copia de sangre de la herida, quedando casi desmayado el santo P. Gabriel Díaz, pero victorioso del lazo y lance que el demonio le había armado; porque atónita del caso la india, salió confesando á voces su pecado. Acudieron algunos de sus feligreses al ruido, y hallaron al Padre con el susto y herida desmayado; pero quiso Nuestro Señor favorecer la heroica acción de su siervo, con que al día siguiente apenas le quedaba señal de la herida que se había inferido en defensa de la honra de Dios y de la castidad digna de un Ministro suyo.

A este paso corrían las demás heroicas virtudes de este santo varón. Su religiosa y perfecta obediencia no há menester otra prueba que la que con la obra dió, cuando siendo de la edad que era, y habiendo aprendido la lengua tarasca, trabajado entre indios tantos años y ayudado en otros ministerios á españoles, como si entonces comenzara de nuevo, y como ordenándole los Superiores ó Dios que los gobernaba que olvidara todo lo pasado (como lo hacía San Pablo), le mandaron que entrase á doctrinar una gente bárbara, aprendiese su lengua (empresa de tanta dificultad), la cual aceptó sin género de repugnancia, ni la más mínima demostración de menos rendimiento en obedecer, resignándose todo en las manos de la obediencia, que son las de Dios. Y el que era tan obediente en cosas humildes, en lo que parece que no se podía vencer la grande humildad de este siervo de Dios, era en aceptar cargo de gobierno y superioridad. Después de su dichosa muerte se hallaron entre sus papeles dos ó tres patentes en que nuestro P. General lo señalaba por Rector de algunos Colegios en la Provincia; pero al humilde Padre no le faltaron medios para excusarse de cargos honrosos y de autoridad. Y era dicho suyo hablando con los conocidos: «Darne oficio ni mando, no lo intenten, por Dios, mis Superiores; pero si quieren que vaya á otra nueva misión, no abrirán tan presto la boca en significármelo, cuanto seré yo pronto en obedecerles.»

A esta obediencia del P. Gabriel Díaz, acompañado de su grande humildad, se le juntó una caridad y compasión de pobres maravillosa, acudiendo á sus hijos y feligreses con una exactísima puntualidad en todos sus menesteres, especialmente en los del alma y ministerios de su salvación. Y no sólo á los indios, sino también á los españoles de la comarca, que tenían necesidad de su ayuda. Materia en que le sucedieron casos maravillosos, y en que se mostraba lo mucho que se servía de este su fiel ministro Dios Nuestro Señor, y dejando otros, contaremos uno que fué muy célebre: «Pasaba un español de México para las minas ricas del Parral en tiempo que corría la fama de su prosperidad, y codicioso pasaba á ver si podía tener parte en ella; pero llevólo Dios para resucitarle el alma á la vida de gracia. Porque este hombre había muchos años que, arrastrado de sus vicios y pecados

había cometido algunos tan feos y abominables, que no había tenido ánimo para descubrirlos al confesor, con que las confesiones que hacía eran inválidas y las comuniones sacrílegas, y su alma estaba hecha una madriguera de infernales serpientes. Yendo, pues, caminando para el Parral, perdió el camino que había de llevar, y llegó á un paraje que llaman de los Charcos, donde entre unos cerros y aquella soledad, oyó una voz tan tremenda que hiciera impresión en un bronce, y por otra parte nacida de divina piedad, que le decía: «¿Adónde vas, desdichado? vete adonde el P. Gabriel Díaz está.» No estaba su casa muy lejos de donde sonaba la voz. El pobre pecador, ni conocía al P. Gabriel Díaz, ni veía quién le hablaba, y despavorido, y como fuera de sí, recobrándose un poco volvió á caminar unos pasos, y por tres veces volvió á oír las mismas voces en la forma que habían resonado la primera vez. Aquí el atemorizado pecador, casi fuera de sí, soltando la rienda á la cabalgadura, y metiéndole espuela, comenzó á huir sin saber adónde había de ir á parar. Pero Nuestro Señor, que parece que todavía desde el cielo buscaba las ovejas perdidas, llevó á parar á ésta á un pueblo de españoles, llamado el Valle de San Bartolomé. Aquí preguntó quién era el P. Gabriel Díaz, quién lo conocía y cuál era el pueblo donde vivía? Respondieronle que había pasado por cerca de él, y que ya lo había dejado 10 leguas atrás. Descansó un rato del susto con que había caminado, y volviendo á caminar fué en busca del Padre, á quien ya Nuestro Señor parece había dado noticia del pecador que le traía á sus pies para que lo remediara. Fuése derecho á la casa del Padre, que ya estaba aguardándolo á su puerta, y con rostro risueño, luego que se apeó, le echó los brazos encima, y llamándole por su nombre le dijo: «Venga vd. conmigo, señor fulano, que aguardándolo estaba.» Quedó con esto más atónito el español, cuando se oyó nombrar por su nombre; y conociendo en el semblante venerable del Padre y en sus palabras lo mucho que tenía Dios depositado en el alma de este su siervo, determinó con veras descubrirle todo su corazón y su pecho. Recibióle dentro de su casa, y regalándole con lo que tenía, comenzó á trabar plática con el huésped, y al descuido le dijo algunas cosas que sólo él mismo y Dios pensaba que las sabían, con lo cual quedó como fuera de sí, arrojándose á los pies del Padre que le parecía que tenía espíritu de profecía. Consolólo el varón de Dios, diciéndole que el remedio de todo su mal estaba en una buena confesión, y que para ésta era menester tiempo; que no le diese cuidado cosa de esta vida, que él se encargaba de cuanto hubiese menester aquellos días, y dejólo acomodado en un aposento, diciéndole que el día siguiente comenzaría su confesión. Hacíanse los instantes siglos para llegar á los pies del que había de remediar su alma; oyóle el P. Gabriel Díaz con benignidad y clemencia, por espacio de cinco días enteros, los pecados y culpas de aquella oveja perdida, ganada ya para Dios. Y bien se echaba de ver en sus gemidos y lágrimas, que eran en tanta abundancia, que apenas podía formar las palabras, y á ratos era menester que el Padre le confortase trayéndole á la memoria la infinita misericordia de Dios. Y bien la mostró en este caso su divina bondad, pues por caminos tan maravillosos trajo á los pies de un Padre tan benigno y caritativo, como siempre fué el P. Gabriel Díaz, á este pobre y miserable pecador, que quedó consolado y encaminado por la senda segura de su salvación. No era este minis-

tro del Señor del espíritu de aquellos confesores que se cansan de oír y remediar pecadores llenos de llagas encanceradas y almas cubiertas de la lepra de culpas, antes á esas procuraba curar con más benignidad, y por verlo tan compasivo se las traían para que las curase. Cristo Nuestro Señor, en semejantes casos maravillosamente le solía favorecer, como en el caso que se sigue se conocerá.

Contaba un español, que se halló en compañía del Padre y fué testigo del caso, que llegaron una noche á la puerta del Padre unos indios, llamándole á gran prisa para confesar un enfermo que estaba en su milpa lejos de allí, y muy apretado de la enfermedad. Despachó luego el Padre á toda prisa por su mula al campo, para irle á socorrer. El mozo, por flojedad ó por volver más presto, sin reparar echó mano de la primera bestia que topó, que siendo un macho cerrero y furioso se dejó coger; lleváronle al patio de la casa del Padre, donde con grande mansedumbre se dejó ensillar y enfrenar; el Padre, con la oscuridad de la noche, ó con el cuidado de acudir presto á su enfermo, no lo reparó; subió en él, caminó con mucho descanso, confesó al enfermo y volvió á su casa con toda seguridad; pero en habiéndose apeado el Padre, al quererle desenfrenar y quitar la silla, el que se había mostrado tan manso, haciendo ya de las suyas, se enfureció de manera que seis hombres, y uno de ellos vaquero, no lo podían sujetar; y dando bufidos arremetía á saltar las tapias de la cerca, sin dar lugar, con corcovos y coces, á que le pudiesen quitar la silla ni desenfrenar; los que se hallaron presentes juzgaron el caso por milagroso, y que un macho cerrero y tan bruto se hubiese mostrado como una mansa oveja para llevar y traer al santo Padre, á quien Dios quería favorecer y guardar. Otro caso semejante contamos en nuestro primer tomo de las Misiones, que obró Dios con otro de estos santos ministros; pero éste es diferente de aquel, porque multiplica su Majestad sus favores con ministros que con tanto fervor y fidelidad le sirven.

§ IV.

*Padece una grave persecución este siervo de Dios,
y su dichosa muerte.*

Y porque no le faltara á este varón apostólico aquel ejercicio de virtud que á los tales anunció Cristo cuando dijo: *Si me persecuti sunt, et vos persequentur*, escribiremos aquí una harta grave persecución que padeció este siervo de Dios, con notable ejemplo de paciencia. El partido y pueblos que el Padre doctrinaba, caía en el riñón de la Gobernación de la Nueva Vizcaya, de las Indias, donde en este tiempo se movieron grandes diferencias de muy pesados pleitos en materia de jurisdicción, en Provincia que en grado de apelación está sujeta á la Real Audiencia de Guadalajara, llegaron á muy graves encuentros estas diferencias; las personas que en ellas entraban eran muchas y poderosas. El P. Gabriel Díaz, que se hallaba cerca de este incendio, procuraba cuanto era de su parte apagarlo, con caridad cristiana de Religioso santo que era. Pero lo que le sucedió fué lo que á los que quieren meter paz entre aquellos que furiosamente pelean: que salen con las manos en la cabeza; bien las cargan los golpes de su indignación y cólera.

Así le sucedió á este siervo de Dios, que lastimado de ver ocasiones de tantos alborotos y ruinas, y deseando atajar este incendio, hablando con caridad cristiana á unos y otros, los procuraba componer, teniéndolos en su corazón á todos. Pero lo que resultó de aquí fué, que volviéndose contra el santo varón la parcialidad de algunos apasionados y desenfrenados en la lengua, no perdonaron á injuriosas palabras, llamándole apasionado, hipócrita, tirano de indios, al que era su querido Padre que los amparaba; no parando sus querellas, quejas y desdoros hasta llevarlos á tribunales seculares y al de su Superior mayor, escribiendo contra él muchas cartas al Padre Provincial; pero el Superior amparó su inocencia y su religión y santidad, conocida de todos. El siervo de Dios, cargado de acusaciones, testimonios y afrenta, armándose con el escudo de la caridad y paciencia, dejó esta causa totalmente en las manos de Dios, remitiendo la defensa de ella á su soberano Tribunal. Y sucedió así, porque estando el P. Gabriel Díaz muy al cabo de la enfermedad de que murió en el pueblo de su doctrina (como después diremos), y sabiendo uno de los principales factores y promotores de su persecución, estimulado de su conciencia, le vino á ver y á pedirle perdón de lo pasado; de lo cual, avisándole otro Padre que allí le asistía, solamente le respondió estas palabras: *est Deus qui iudicet*. Y sin hablar más palabra el santo varón, espiró muy en breve. Lo que quiso dar á entender, fué que aquella causa desde el principio, sin defenderse en ella, la había puesto en las manos de Dios, y que ya no era más parte en ella, que á Su Majestad pertenecía el juzgarla. Lo que pasó en este juicio de Dios no se supo; pero sí que este hombre, estando muy entretenido en pleitos, murió arrebatadamente y con poca prevención para ella. No así la muerte del P. Gabriel Díaz, que habiendo vivido en la Compañía de Jesús con grande ejemplo de religión, padecido grandes trabajos en ayuda de la salvación de las almas, finalmente quiso Nuestro Señor que llegase el tiempo de premiar en la bienaventuranza tan grandes ejemplos de toda virtud. En sus postreros años andaba este apostólico misionero con achaques continuos, causados de su vejez y ancianidad, y sobre eso, del rigor grande con que se trataba, sin cuidar de alivio ni regalo propio. Crecieron de manera esos achaques, que le derribaron en una cama; y sospechando que ya el remate de su vida se le acercaba, envió á avisar al Padre misionero más cercano, el cual luego le vino á asistir, servir y consolar á este siervo muy querido de Cristo, y habiéndole ayudado con todos los medios que la Iglesia santa dispone para aquel trance, dió su espíritu al Señor en el mismo pueblo de su feligresía, y apacentando las ovejas que Dios le había encomendado; las cuales, con sus lágrimas y gemidos, mostraron bien el sentimiento grande de la pérdida de tal Padre; y este amor y estimación les quedó de suerte arraigado, que queriendo después los españoles de un real de minas (llamado Indehe) trasladar á su Iglesia el cuerpo de un tan santo apostólico varón como el P. Gabriel Díaz, y tener en ella los despojos de un alma que gozaba de eterna gloria, y habiendo dispuesto para esta traslación el aparato de cera y acompañamiento que su cristiano celo y magnificencia de mineros le dictaba; entendiéndolo los indios, aunque bárbaros, y conociendo el bien que se les podía seguir de tener el cuerpo de su santo Padre en su pueblo é Iglesia, tomaron las armas de sus arcos y flechas, y cercando la Iglesia se pusieron en su defensa, cerrándoles el paso á los es-